

➤ Historiadores y daño: hacia una evaluación más reflexiva sobre las consecuencias de las políticas anti-drogas

Joseph F. Spillane

Ahora que la guerra moderna contra las drogas cumple más de un siglo, se ha convertido en lugar común la formulación de las políticas para su control en términos castrenses. Los gobiernos nacionales han declarado la guerra contra las drogas, contra los traficantes y contra los propios consumidores, todo ello en nombre de defender la salud, la estabilidad y la seguridad del Estado. Existen, innegablemente, ciertos daños específicos relacionados a las drogas que se derivan de su consumo pero, con la misma certidumbre, las políticas de Estado han generado su propio universo de daños relacionados a las drogas, tanto a nivel micro (individual) como macro (comunitario). Expresado de manera más directa, en la guerra contra dicho las drogas el frente de batalla se encuentra plagado de víctimas.

Esta simple observación –que los regímenes para el control de las drogas producen daños que son extrínsecos al propio consumo de drogas– es un elemento básico del análisis contemporáneo de las políticas sobre drogas. Ningún estudioso serio cuestiona el hecho de que la guerra contra las drogas genera considerables daños sociales, que incluyen desde trastornos producidos por los castigos, hasta las consecuencias de salud que resultan de incrementar la exclusión social de los consumidores de drogas. En el transcurso del último cuarto de siglo, un movimiento de rápido crecimiento por la reducción de daños ha desafiado a los regímenes de prohibición de las drogas para que consideren las consecuencias de sus opciones de políticas, y busquen maneras de minimizar los costos sociales de la guerra contra las drogas.

A la luz de toda esta atención centrada sobre los daños y su reducción, puede parecer extraño que los historiadores aún no nos hayamos sumado plenamente a la conversación pública sobre el particular. Sin duda, los historiadores como grupo parecemos estar profundamente bien dispuestos hacia los fines y supuestos postulados por los partidarios de la reducción de daños. Pero éstas son asociaciones construidas principalmente debido al interés político. Hasta la fecha, la afinidad de los historiadores con las políticas para la reducción de daños ha dado como resultado relativamente pocos esfuerzos sistemáticos por documentar la historia de los daños. Si pensamos en la guerra contra las drogas como una guerra de verdad (de hecho, podría considerarse que en efecto lo es), los historiadores han producido, hasta la fecha, muchas excelentes monografías sobre los orígenes de la guerra, y nos han llevado a las salas de guerra donde los generales ponderan sus estrategias magistrales; pero pocos detalles han sido elaborados sobre los propios combatientes, y sobre los muchos que han caído en los campos de combate.

Ésta no es simplemente una brecha en la documentación; un incumplimiento para erigir los monumentos conmemorativos apropiados al costo humano de la guerra. Más bien, la desatención comparativa de los historiadores nos ha legado un sentido inadecuado sobre la historicidad de los daños relacionados a la guerra contra las drogas. Lejos de constituir una consecuencia estática y predecible de la prohibición de las drogas, el daño puede ser el aspecto más dinámico de la historia de estas sustancias. El daño es siempre contingente, producto de la compleja interacción entre la ley, las políticas, la economía y la cultura. Este ensayo examina brevemente las razones para la desatención hacia los daños por parte de los historiadores, y considera las maneras en que la historia puede ser develada y volverse tanto entendible como útil.

LA HISTORIA DE LA GUERRA CONTRA LAS DROGAS: ¿PEOR DE LO QUE CONOCEMOS?

La escasa documentación histórica sobre los daños causados por la guerra contra las drogas, no tiene una explicación más compleja que el hecho de que la atención y el interés de los estudiosos han estado dirigidos hacia otros asuntos durante mucho tiempo. El mayor interés histórico se ha concentrado en la promulgación de políticas, antes que en su implementación. Para ser justos, hubo buenas razones para justificar el tiempo y atención dispensados a los momentos en que se promulgaban las políticas – cuando el historiador David Musto produjo su trabajo pionero, *The American Disease* [La Enfermedad Estadounidense], hace cuarenta años, pocos recordaban por qué los gobiernos nacionales habían adoptado diversas políticas prohibicionistas a inicios del siglo XX. A nadie sorprendió entonces que el subtítulo del trabajo de Musto fuese “Orígenes del Control de Estupefacientes”.¹

Tal como el propio Musto aclaró, su trabajo se inició en un momento en que críticos y partidarios contemporáneos de la guerra contra las drogas mantenían disputas sobre el origen de ésta, blandiendo narrativas contradictorias. Para los críticos de la guerra contra las drogas, su nacimiento de ésta correspondía al relato de la legislación prohibicionista promulgada por razones espurias que no tenían conexión alguna con la salud o el bienestar públicos. Para los partidarios de la guerra, las leyes prohibicionistas fueron intervenciones oportunas orientadas a minimizar las consecuencias mortíferas de un libre mercado de las sustancias psicoactivas. Ninguno de los bandos en el debate sobre los orígenes de la guerra parecía estar particularmente interesado en su implementación. Los halcones de la droga asumían incidentalmente que de esta manera se había limitado el consumo irrestricto de drogas de un mercado legal; mientras que el supuesto igualmente incidental de los críticos era que los consumidores sufrían un conjunto de consecuencias bastante predecibles (y que, por ello, revestían empíricamente escaso interés). Dado que historiadores como Musto –para no mencionar a un tipo de erudición vasta y paralela relacionada a experimentos domésticos con la prohibición del alcohol en los Estados Unidos y en otros países– se comprometieron a desenmarañar la cuestión de los orígenes, las acciones reales de guerra permanecieron mayormente inexploradas.

Desde la aparición del trabajo de Musto, el interés por los orígenes de la legislación prohibicionista no disminuyó. En efecto, numerosos relatos históricos continuaron explorando el proceso a través del cual las drogas son clasificadas por la ley en categorías –de manera más amplia, para usar la terminología de Richard DeGrandpre, en ángeles y demonios.² Una vez más, hay razones válidas para justificar esta atención. Sólo mediante la ley se pueden establecer las categorías lícita e ilícita, y su yuxtaposición nos permite entender mejor los mecanismos de clasificación de la ley. Desafortunadamente, gran parte de este trabajo continúa considerando a importantes categorías del comportamiento, desde los patrones de consumo hasta el patrullaje cotidiano, como subproductos de estas categorías legales.

1 David F. Musto, *The American Disease: Origins of Narcotic Control* [La Enfermedad Estadounidense: Orígenes del Control de Estupefacientes], (New Haven: Yale University Press).

2 Richard DeGrandpre, *The Cult of Pharmacology: How America Became the World's Most Troubled Drug Culture* [El Culto de la Farmacología: Cómo los Estados Unidos se convirtieron en la Cultura Más Atribulada por las Drogas], (Durham: Duke University Press, 2006).

Recientemente, una serie de estudios históricos han redirigido la atención desde los orígenes de la prohibición hacia los orígenes y el desarrollo del concepto de adicción. Dicho trabajo ha proyectado una grata y nueva luz sobre algunas cuestiones importantes y mal comprendidas: ¿de qué material social y cultural ha surgido el concepto de adicción? ¿Cómo fue que la idea de la adicción contribuyó al surgimiento de regímenes prohibicionistas? Una vez más, los historiadores están respondiendo a debates políticos dominantes. El auge de la ciencia de la adicción ha sido el suceso más sorprendente de fines del siglo XX e inicios del XXI, y los historiadores se han visto arrastrados al debate entre defensores y críticos contemporáneos de un modelo neuro-científico de adicción como un desorden ontológicamente diferenciado.

El concepto de adicción es un elemento importante en la formulación de las políticas de Estado, pero no nos ayuda gran cosa para entender mejor las condiciones de vida durante tiempos de guerra. Los estudios sobre el concepto de adicción se ocupan en particular de la idea de adicción, y aún más especialmente de los textos escritos que forman la base de la discusión pública. Y han elaborado un argumento convincente de que estos textos sí ayudaron a brindar amplia justificación para los regímenes de políticas que les sucedieron. Pero dichos textos no pueden ofrecer mucho –y, siendo justos, los historiadores admiten sin problemas esta incapacidad– en cuanto a documentar la experiencia vivida por los hombres y mujeres que en última instancia se convirtieron en los sujetos de estos marcos de adicción y de la propia prohibición de las drogas.

Los objetos del control de las drogas siguen siendo, hoy como siempre, tan marginales dentro del campo de la historia como fueron socialmente marginales mientras vivían. Nuestra compasión no es un sustituto del entendimiento. Los historiadores debemos ofrecer un relato más rico y empíricamente detallado de la experiencia vivida. Más que nada, debemos producir un relato más sólido del daño, no sólo para construir monumentos a los caídos en el campo de batalla, sino para profundizar nuestra comprensión sobre la actuación y el costo de la guerra. Cuando estos relatos empiecen a surgir, es muy posible que encontremos lo que los historiadores militares contemporáneos han descubierto – historias más turbadoras e inquietantes de lo que nunca pudimos imaginar.

UBICANDO EL DAÑO: EL DESAFÍO PARA LOS HISTORIADORES

Si puede decirse que los historiadores de las drogas han seguido el derrotero marcado por la política contemporánea, también puede decirse que éste fue con frecuencia el camino que los archivos les permitían transitar con menos inconvenientes. Sabemos mucho, aunque quizá aún no lo suficiente, acerca de los debates políticos y sobre políticas a nivel nacional e internacional respecto al control de drogas. Igualmente, contamos con abundantes textos médicos, farmacológicos y científicos, que datan al menos desde fines del siglo XIX para adelante. El reto para los historiadores interesados en el tema de los daños es ubicar a los propios consumidores de drogas.

Una estrategia útil para los historiadores contemporáneos sería dejar de lado los archivos y empezar a recoger relatos orales. Uno de los estudios más importantes jamás publicado sobre el tema de daños, *Addicts Who Survived* [Adictos Que Sobrevivieron], consistía simplemente en un volumen editado de relatos orales contados por ancianos pacientes consumidores de metadona en la ciudad de Nueva York³. Recopilados hace más de treinta años por David Courtwright y Don Des Jarlais, las entrevistas capturaban relatos de los ancianos sobre cómo obtenían drogas, andaban de buscavidas, se prostituían, vendían drogas, trabajaban, creaban, y eran atrapados (parafraseando los títulos de los capítulos del libro). Los relatos de estos sobrevivientes tomaban la noción general de un régimen prohibicionista, y le daban todo un nuevo nivel de detalle y especificidad,

3 David T. Courtwright, Herman Joseph y Don Des Jarlais. *Addicts Who Survived: An Oral History of Narcotic Use in America, 1923-1965* [Adictos que Sobrevivieron: Una Historia Oral del Consumo de Estupefacientes en los Estados Unidos, 1923-1965] (Knoxville: University of Tennessee Press, 1989).

con verdaderas y agudas percepciones sobre el impacto de las tácticas policiales, la búsqueda de vías para acceder al mundo de los suministros médicos legítimos, y el reto de mantener redes sociales de apoyo en un entorno que de otro modo les era hostil.

Desde entonces, no se ha intentado llevar a cabo otro proyecto de relatos orales de este tipo, lo cual representa una terrible pérdida en términos de experiencia histórica para las generaciones posteriores de estudiosos. Es difícil explicar exactamente por qué ocurre esto. La propia historia oral tiene obvios límites temporales y, aunque está mucho mejor integrada a la corriente académica dominante, aún representa cierta sub-especialidad menor en el campo. Quizá, en la medida en que entre los historiadores orales se encuentran muchas personas inspiradas por la tarea de recuperar la experiencia vivida por aquellos actores socialmente marginales situados dentro de movimientos sociales y políticos atractivos (desde el activismo sindical hasta los derechos civiles), las vidas de adictos, prisioneros y otros personajes por el estilo revisten menor interés. Los escasos proyectos que han sido emprendidos a la fecha han sido típicamente iniciados y llevados a cabo por científicos sociales o grupos de activistas lo cual, al menos para los historiadores, presenta la esperanzada posibilidad de futuras colaboraciones dinámicas interdisciplinarias.

En ausencia de relatos orales, la estrategia más atractiva para los historiadores podría ser enfocarse en los respondientes, aquellos colocados en el frente de batalla en nombre de regímenes prohibicionistas —o, al menos, en cierta relación con ellos. ¿Qué tipo de instituciones de respuesta parecen tener la conexión más directa con los daños extrínsecos de la guerra contra las drogas? Evidentemente, el sistema de justicia penal debe figurar de manera prominente en cualquier relato. Desde la vigilancia policial hasta el encarcelamiento, la justicia penal representa una serie de puntos de decisión que permiten una considerable capacidad de discernimiento, cualquiera de los cuales encarnaba el potencial de transformar profundamente la vida de las personas — y, en cierta medida, de transformar comunidades enteras. Igualmente, los registros existentes de salud pública e intervenciones de tratamientos pueden ofrecer una muy necesaria perspectiva respecto a patrones de salud y enfermedad entre los consumidores de drogas, así como ayudar a estimar el impacto de estas intervenciones.

Prestar atención al frente de batalla requiere redirigir nuestra mirada, alejándola de los generales de la guerra contra las drogas. Considérese a la Agencia Federal de Estupefacientes (FBN, siglas en inglés) y a su jefe, Harry Anslinger. Durante más de tres décadas en los Estados Unidos, Anslinger y la FBN ayudaron a definir la naturaleza del discurso público sobre drogas y políticas públicas, y su trabajo ha sido extraordinariamente bien documentado. Pero fueron las actividades cotidianas de los escuadrones antidrogas de la ciudad las que revistieron el mayor interés para quienes vendían y consumían drogas. Una mera comparación puede servir para contar parte de la historia —en 1953, por ejemplo, la FBN llevó a cabo 234 arrestos por drogas en Chicago, mientras que el Departamento de Policía de esa ciudad realizó 4,100 arrestos. Desde luego, un recuento cabal de las prácticas de aplicación de la ley tendría que ir más allá de esta escala —incluiría una amplia discusión sobre la corrupción policial, el uso de la fuerza, prácticas de interrogatorios, y patrones de sesgo sistemático por razones de raza y género.

Los relatos institucionales también muestran un sesgo hacia los generales y las estrategias magistrales. Recurriendo una vez más a los Estados Unidos durante mediados del siglo XX, el Hospital para el Tratamiento de la Adicción a Estupefacientes de Lexington (ubicado en Lexington, Kentucky) era la fuente principal —y, en ocasiones, la única fuente— sobre tratamiento de las adicciones con financiamiento de recursos públicos. Lexington era también sede del Centro de Investigaciones sobre la Adicción, uno de los centros más importantes del mundo para la investigación científica de este fenómeno. Sin embargo, resulta útil recordar que Lexington atendía apenas a una pequeña fracción de la población de adictos estadounidenses. En un año cualquiera,

únicamente los tribunales penales de Manhattan habrían sentenciado a ser confinados en sus instituciones locales o estatales aproximadamente al mismo número de adictos que Lexington recibía de todo el país.

Como el destello de un relámpago que ilumina brevemente un paisaje oscurecido, en ocasiones una historia singular de vida revela los impactos de la guerra contra las drogas en acción. La historia de vida de la mujer conocida por el seudónimo de Janet Clark, publicada en 1961 como *The Fantastic Lodge* [La Cabaña Fantástica], es al mismo tiempo una impactante representación de los terribles daños ocasionados por las acciones para el control de las drogas, y una útil cartografía de la experiencia de la guerra.⁴ Los historiadores han aprovechado partes de la narrativa que correspondían a sus intereses —*Addicts Who Survived* extrajo un amplio segmento sobre Lexington, mientras que la historiadora Nancy Campbell demostró hábilmente el lugar que Janet ocupaba en la construcción sociológica de género y adicción durante mediados del siglo pasado— pero nadie ha tratado de emplear este relato como una guía para rastrear el daño. Esta circunstancia es desafortunada, ya que *The Fantastic Lodge* ofrece ciertas percepciones impactantes y agudas: cómo las acciones de patrullaje desbarataban las redes sociales de los adictos urbanos, dejándolos vulnerables y con un apoyo social reducido; cómo la policía, ansiosa por penetrar en los mercados ilícitos, explotaba a los consumidores utilizándolos como informantes y compradores; y la verdaderamente desgarradora experiencia de adictos enviados a las cárceles locales por cortos períodos de tiempo, una y otra vez. Cuando Janet murió, sola e inadvertida, en un hospital mental en Illinois, había soportado el peso de casi todas las formas posibles de intervención oficial del Estado. Nada de ello reduce a Janet al papel de una mera víctima— *The Fantastic Lodge* es también un relato rico en albedrío y tenacidad— pero sí muestra la manera en que intervenciones específicas por parte del Estado generaron daños también específicos. Existen muy pocos relatos como el de Janet. Para cuando conoció al sociólogo Howard Becker, el registro de casi toda su vida podía haberse perdido y olvidado. Sin embargo, es posible que los historiadores utilicen el relato de Janet como una guía, brindando indicios y sugerencias respecto a dónde buscar para encontrar a sus semejantes a través de las dimensiones de tiempo y lugar.

CONSTRUYENDO MODELOS CONCEPTUALES

Por difícil que resulte para los historiadores desentrañar la evidencia requerida para establecer un relato empírico de los daños relacionados a la guerra contra las drogas, todo ese esfuerzo será inútil a menos que existan marcos interpretativos coherentes para ayudar a dar sentido a la evidencia. En este respecto, hay buenas razones para ser optimista, ya que estudios recientes, tanto históricos como de las ciencias sociales, ofrecen una sólida base conceptual para comprender las historias ocultas del daño de las drogas. Tomado en su conjunto, este trabajo reciente puede ser reducido a una serie de cuatro principios que pueden guiar el trabajo futuro.

El primero de estos principios es que el Estado-Nación puede bien ser un obstáculo conceptual para producir historias plenamente desarrolladas sobre el daño. El principio no es absoluto, dado que el campo todavía está generando estudios nacionales y comparativos muy útiles, como el trabajo de Howard Padwa titulado *Social Poison: The Culture and Politics of Opiate Control in Britain and France*⁵ [Veneno Social: Cultura y Políticas de Control de Opiáceos en Gran Bretaña y Francia]. Pero el propio trabajo de Padwa descansa en evidencias que sugieren que la idea de regímenes de políticas “británicas” y “francesas” oscurece algunas divisiones destacadas al interior de las estructuras nacionales de gobierno, y el grado en el cual las circunstancias locales podrían alterar los planes y directivas nacionales de las políticas. Invocaciones amplias de autoridades y regímenes no pueden sustituir especificaciones sobre la forma de estructuras administrativas particulares.

4 Helen MacGill Hughes, ed., *The Fantastic Lodge: The Autobiography of a Girl Drug Addict* [La Cabaña Fantástica: La Autobiografía de una Niña Adicta a las Drogas] (Boston: Houghton Mifflin, 1961).

5 Howard Padwa, *Social Poison: The Culture and Politics of Opiate Control in Britain and France, 1821-1926* [Veneno Social: Cultura y Políticas de Control de Opiáceos en Gran Bretaña y Francia], (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 2012).

El segundo principio esencial es que los historiadores deben empezar a examinar las políticas sobre drogas a un nivel más refinado que el de la prohibición. Hace algunos años, David Courtwright recordó a los historiadores que las políticas sobre drogas podían ser ubicadas en tres ejes: categorías regulatorias, tributación, y sanciones. La idea de la prohibición es un término sustituto bastante genérico para el complejo de reglas legales que rodean la producción, distribución y posesión de drogas. Siguiendo esta idea, los historiadores podrían ofrecer consideraciones más sólidas de las restricciones legales sobre el acceso a jeringas, limitaciones aplicables a los calmantes y la atención paliativa del dolor, o el recurso por parte de la policía a acusaciones no relacionadas a drogas (o asedio informal) para controlar el comportamiento de los consumidores de drogas.

Más allá de consideraciones más detalladas sobre políticas, los historiadores también podrían seguir un tercer principio: que la historia del daño debe ser también una historia de la inacción y el silencio. ¿Por qué, en diferentes épocas y lugares, los adictos han sido mayormente invisibles? ¿Y cuáles son los costos de esta invisibilidad? Aunque es totalmente apropiado considerar, por ejemplo, los aspectos coercitivos y las funciones de control social de la vigilancia e intervenciones de salud pública, también es digno de consideración el impacto del abandono y de la indiferencia. En un sentido, necesitamos una historia del fracaso, y relatos que expliquen por qué los Estados han sido incapaces o reacios a brindar los tipos de apoyo o intervenciones positivas que podrían haber tenido un impacto valioso a nivel individual o de la comunidad.

El cuarto principio es quizá el más crítico: el daño existe en el punto de intersección entre la acción del Estado, y la vulnerabilidad individual y comunitaria. Los historiadores están ciertamente conscientes, por ejemplo, de que ciertas comunidades han recibido atención policial desproporcionada (aunque incluso este hecho sigue siendo mucho menos documentado de lo debido), pero le han dado menor consideración a cómo el patrullaje policial impacta la organización y la salud de la comunidad. Una mayor atención a conceptos básicos como capital social y redes sociales podría revelar patrones de tenacidad y adaptación, pero también revela trastornos causados por la guerra contra las drogas. En cierta manera, el cuarto principio se convierte en la clave para una historia del daño que es históricamente específica y contingente, donde regímenes legales similares en términos amplios pueden producir efectos dramáticamente diferentes que no son simplemente una función del discurso prohibicionista.

Para ilustrar brevemente estos principios, considérese un episodio único ocurrido en la ciudad de Nueva Orleans. El 31 de octubre de 1932, el Hospital de la Caridad de Nueva Orleans admitió a un hombre en estado de coma, diagnosticado con malaria y de quien las autoridades hospitalarias sospechaban se trataba de un adicto a las drogas. Tras ser reanimado, el paciente abandonó el hospital, y fue admitido nuevamente dos días después, nuevamente en estado de coma. Murió al día siguiente. En el transcurso de los cinco meses posteriores, cinco pacientes más del Hospital de la Caridad, todos ellos consumidores de drogas inyectables, murieron de malaria. Durante el siguiente año, un total de cuarenta y ocho consumidores de drogas inyectables fueron admitidos en el Hospital de la Caridad con diagnóstico de malaria, y diez de ellos murieron.

Entonces, ¿qué se puede colegir de este episodio? En un sentido amplio, desde luego, el incidente resalta la vulnerabilidad histórica de consumidores de drogas inyectables ante infecciones de transmisión sanguínea, incluyendo hepatitis, tétanos y endocarditis. Pero aquí existe cierta especificidad histórica interesante. El mayor repunte de casos nuevos se produjo a continuación de una decisión por parte de la policía de Nueva Orleans de empezar a interpretar la ley estatal contra la posesión no autorizada de jeringas, para incluir goteros para medicinas y jeringas hipodérmicas. Los consumidores de drogas informaron que, en respuesta a ello, se estableció un equipo de inyección en una ubicación única, al cual podían acudir los consumidores para inyectarse. Además, la tasa de mortalidad para consumidores de droga con malaria en este contexto en Nueva Orleans era quince veces más alta que la correspondiente a casos de malaria en todo el estado.

Los daños específicos derivados de la decisión de la policía local de reinterpretar una ley estatal relacionada a jeringas, combinados con un acceso deficiente a atención de salud, se complicaron por el temor de los consumidores a exponerse a la vigilancia pública de cualquier tipo. Éstas son historias trágicas, repetidas una y otra vez hasta la saciedad –pero de muchas maneras distintas— en la historia de la guerra contra las drogas.

CONCLUSIÓN

La retórica marcial es un tema recurrente del control de las drogas. Se puede retroceder un siglo o más, y encontrar aún partidarios de librar la batalla y armar una guerra. Lo que debe recordarse es que, al igual que en cualquier guerra, hay algunos pocos elementos constantes, pero también existen muchas variaciones. La intensidad, ámbito y escala del combate son elecciones que se pueden tomar, y todas ellas tendrán un impacto sobre los daños que se produzcan. Los defensores de la reducción de daños se han enfocado en minimizar estos daños desde hace por lo menos un cuarto de siglo y, en tiempos más recientes, se les han unido grupos de derechos humanos para quienes las consecuencias de la guerra contra las drogas plantean preocupaciones fundamentales sobre la salud, el bienestar y la libertad del ser humano. Los historiadores debemos participar en estas conversaciones, no con expresiones generales de solidaridad sino empleando las herramientas de nuestra profesión para resaltar la especificidad histórica de los daños causados por la guerra contra las drogas.

Al mostrar la variedad y la contingencia que existen al interior del marco prohibicionista debemos estar preparados para reconocer que ésta es una historia simultáneamente liberadora y admonitoria. Es liberadora en el sentido de que podemos ver con más facilidad que existen opciones posibles, y que los daños de la guerra contra las drogas pueden reducirse. Al mismo tiempo, también hay un aspecto admonitorio en esta historia, dado que evidencia sin lugar a dudas que no existe una dirección única dentro de la cual la guerra contra las drogas pueda avanzar, ni tampoco una tendencia inherente hacia adelante o hacia atrás. En consecuencia, no hay razón para creer que los abusos contra los derechos humanos cometidos en nombre del control de drogas necesariamente mejorarán. De hecho, mientras mejor comprendamos cuán profundamente arraigadas en contextos estructurales, políticos y culturales específicos se encuentran las conductas de la guerra contra las drogas, mejor apreciaremos la cabal dimensión del desafío a enfrentar para eliminarlas. ■